



Viaje a París desde su casa

Sebastián Mateus Rojas

Recomendaciones para escuchar el audio "Cortázar lee a Cortázar"

Enciéndase la grabadora con un sutil movimiento del dedo índice y rómpase ese aire que separa el silencio con la futura elocuencia. Se prefiere, si el escucha está de acuerdo, que el volumen de la melodía no pase de las dieciocho rayitas verdes que marca el aparato, no sea que la distorsión del tiempo termine por cortar la voz del inmortal. Se debe descansar en una silla de terciopelo verde -precisamente porque la continuidad de un parque impera marcar las convenciones del disfrute tétrico y técnico de la literatura- y junto a una fogata encarcelada por ladrillos. En el momento en que insólitos susurros del pasado viajen al interior de sus oídos, es necesario encender un cigarrillo sin perder la mirada al techo de madera agrietado. Si el encendedor o los fósforos no los tiene a la mano, insulte el pitillo de tabaco hasta que vea las chispitas en el extremo del papel blanco dándole vida a esos

cinco o siete minutos inventados para su beneplácito. En tal instante, es de suponer que la voz afrancesada, y de usos cotidianos de la península sudamericana, ya habrá iniciado una seria conversación con usted acerca de la filantropía y la grandilocuencia de algunos escritores cuando rompen el vacío con sus habladurías: usted soltará una bocanada de humo, o debe hacerlo, y cuestionará la susodicha grandilocuencia de la propia palabra que también es grandilocuente. En este punto, no debe perderse ni concentrar su atención en la fina línea grisácea que ingresará por su ventana, atravesará las cortinas de seda sucia hasta llegar a la mesita de noche donde quizá usted guarda los discos de Rita Pavone, para luego dirigirse a la punta de su cigarrillo y dibujarse finalmente entre sus ojos; usted no debe prestarle atención a tal efecto, decíamos, porque en ese instante la voz de Julio ya estará cantando el capítulo treinta y dos de Rayuela y usted no podrá imaginar la voz entrecortada de Lucía ni los sollozos de Rocamadour ni a Horacio moviendo las orejitas del conejo de felpa para que el nene deje de lloriquear. Si llegado a este punto su cabeza pierde el innato sentido de la devoción, se recomienda un urgente juicio de conciencia que bien podrá terminar en el reinicio de la lectura o en la desidia. Claro que si por el contrario usted ha estado atento y ya escucha el texto inédito de *Me caigo y me levanto*, al tiempo que enciende el segundo cigarrillo de la jornada, podrá sentir cómo sus ojos se entornan con el devenir de cada palabra dicha, más que nada porque su cabeza descansará sobre el espaldar de la silla y su mano derecha buscará desorientada el vaso de Whiskey que usted no puso en la mesa que tampoco

estaba allí, pero que Julio regala siempre en la mencionada sesión. Ahora usted parecerá un muerto y no sentirá el viento helado que dejó de mover la puerta del estudio. Julio le hablará sobre las consecuencias metafísicas de estar en un diálogo fraternal a estas alturas de la vida, sobre todo porque él jamás lo conoció y porque usted rememora el después de las fiestas mientras el licor le quema la garganta. Por lo demás, se recomienda proponer un brindis al orador abrigado con un polo amarillo (independiente de su camisa de mangas cortas y las gotas de sudor que le nublen la mirada, no le reproche sus respuestas corporales a las condiciones climáticas), ya que en el mero gozo legítimo de una charla literaria no hacen daño las interferencias del silencio, mucho menos si el choque de los vidrios se da por cosas como las matemáticas o los juegos infantiles o las particularidades de las familias bonaerenses, toda vez que el hombre que lo acompaña podría tener una distancia relativa a la posición de sus pestañas apagadas y con el paso de unos cuantos minutos podría levantarse del asiento que usted tampoco ubicó para él, y abandonar el recinto pesado no sin antes flexionar sus rodillas para no golpear su cabeza con el marco de la puerta y decirle como absurda despedida que sus pasos han de ser los de hace cincuenta años y todos los hombres del hombre. En esa instancia le recomendamos mantener la mirada en off si quiere acompañarlo a ese estudio de grabación donde seguramente Julio estará recitando instrucciones –como estas– para cosas tan sencillas como subir una escalera, o recortando solazados anuncios del periódico de París en ese frío diciembre del año de 1966.

